

no de vidrio que se quiebra, sino de oro rico y macizo, que durarán hasta el fin del mundo, sin que jamás se agote el óleo y gracia que tienen, aunque se dé á innumerables hombres; porque la fuente de donde recibe su virtud y licor celestial es Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos son infinitos y no pueden agotarse. Y como el aceite de la otra pobre viuda, por la palabra de Eliseo, nunca se agotó mientras hubo vasos vacíos en que se recibiese, y manó con tanta abundancia, que pagó sus deudas, y sobró para conservar su vida (1); así el óleo de la divina gracia no cesará de manar de estos Sacramentos, mientras hubiere hombres que puedan recibirla, para pagar las deudas de sus pecados, y alcanzar y conservar la vida de la gracia. Y en un mismo hombre, como fuere recibiendo los que se pueden iterar, perpetuamente irán manando y aumentando la gracia mientras le durare la vida, y el vaso de su alma estuviere capaz y bien dispuesto para recibir este aumento. Gracias te doy, Redentor misericordiosísimo, por la providencia que has tenido de mi pobre alma cargada de deudas, proveyéndola de tan ricos vasos de óleo con que pagarlas, con tanta abundancia, que sobre para vivir rica con virtudes. Concédeme que los reciba de tal manera, que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

—Del Bautismo y Penitencia no harémos especiales meditaciones, porque bastan las que se han hecho en la parte III y IV.—

MEDITACIONES

DEL SOBERANO BENEFICIO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

—Presupuestas las meditaciones del Santísimo Sacramento, que se pusieron en la parte IV, entre los misterios de la cena, pondré aquí otras del mismo, en cuanto es principalísimo medio de la divina Providencia para nuestra salvacion y perfeccion, y en cuanto es suma ó memorial de las grandezas de Dios y de sus beneficios, para que los sacerdotes y los que comulgan á menudo puedan sin fastidio, con esta variedad de meditaciones, aparejarse para hacerlo con provecho.—

(1) IV Reg. iv, 1.

MEDITACION XXXIX.

DE LA SINGULAR PROVIDENCIA DE DIOS NUESTRO SEÑOR EN LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO PARA SUSTENTO DE NUESTRAS ALMAS.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la excelencia singular de la divina Providencia en sustentar nuestras almas con este soberano Sacramento, comparándola con la que tuvo de Adán en el estado de la inocencia, para cuyo sustento hizo muchos árboles en el paraíso, y entre ellos el árbol de la vida (1) cuya fruta comida de cuando en cuando bastase para conservar la vida para siempre. De esta misma manera la divina Providencia en el paraíso de la Iglesia aunque puso muchos manjares para nuestras almas; pero sobre todo ordenó este divino Sacramento como árbol de la vida, porque es pan de vida sempiterna.

2. En lo cual excede infinitamente al otro árbol, porque aquel era terreno, hecho de la tierra; éste es celestial y venido del cielo; aquel daba vida al cuerpo, éste al alma; aquel solamente conservaba la vida de los vivos, éste, al modo que se ha dicho, alguna vez da vida á los muertos. De aquí es que mucho mejor se puede comparar al árbol de la vida que está en el paraíso celestial, de quien dice san Juan, que lleva doce frutos, cada mes el suyo, ó diferentes en especie, para deleitar con la variedad, ó uno mismo doce veces al año, para recrear con la novedad, y sus hojas son salud de las gentes (2). Así este soberano Sacramento, en quien está aquel Señor que dijo: *Yo soy camino, verdad y vida* (3), lleva doce frutos, produciendo en nuestras almas toda variedad de virtudes, y moviéndola al ejercicio de los doce frutos que san Pablo llama frutos del Espíritu Santo; es á saber, caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad (4). Y estos renueva cada vez que debidamente se recibe, y sus hojas, que son las palabras que de él están escritas, son poderosas para dar salud perfecta, porque de ellas dijo el mismo Señor: *Las palabras que os he dicho son espíritu y vida* (5). Ó Padre amorosísimo, gracias te doy por esta regalada providencia que has tenido de nosotros, plantando tal árbol en medio de tu Igle-

(1) Genes. ii, 9; D. Thom. 1 p. q. 97, art. 4.—(2) Apoc. xxii, 2.

(3) Joan. xiv, 6.—(4) Galat. v, 22; D. Thom. 2, 2, q. 70, art. 3.

(5) Joan. vi, 24.

sia, para darnos vida eterna. Concédeme que pueda vencer mis pecados y pasiones, para que guste la fruta de este árbol del paraíso que prometiste al victorioso (*Med. L*).

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar la excelencia de esta providencia, comparándola con la que nuestro Señor tuvo en sustentar al pueblo de Israel con el maná, el cual en cuatro excelentes propiedades que tenia, fué figura de este divino Sacramento, que las tiene con infinitas ventajas.—Lo primero, el maná era Pan del cielo y de Ángeles, porque por su ministerio se fabricaba en la region del aire, y como rocío caía en la tierra y se cuajaba; despues se molía, y se amasaba, y cocía en el fuego, y así se comía (1). Pero este divino Pan vino del supremo cielo, por obra, no de Ángeles, sino del Espíritu Santo (2), á quien se apropia la encarnacion del Verbo divino, el cual, como rocío bajó á la tierra (3), y juntándose con la pequeñez de nuestra humanidad, fué molido con trabajos corporales, amasado con agua de aflicciones interiores, y cocido con fuego de tormentos y amorosos afectos, y de este modo se hizo nuestro manjar, cubierto con accidentes de pan y vino, trocando la pena que nos puso cuando dijo: *Con el sudor de tu rostro comerás tu pan* (4), porque con sus fatigas y sudor de sangre ganó el pan que nosotros comemos sin tanto trabajo (5). Ó Padre amantísimo, gracias te doy por haber dado á tus hijos Pan tan soberano: Pan verdaderamente de Ángeles, con el cual se sustentan, aunque de otro modo que los hombres: Pan por excelencia verdadero (6), en cuya comparacion, el que diste á los hebreos no fué mas que figurativo. Y pues tan á costa tuya le aparejaste, de modo que pudiese comerle; yo tambien con tu ayuda me aparejaré para recibirle, moliendo mi corazon con dolor de sus pecados, y mi cuerpo con penitencias; amasando y uniendo mis potencias con el agua viva de tu gracia, y sazonzándolas con el fuego encendido de tu caridad.

2. Lo segundo, el maná era pan medicinal, preservando de enfermedades; y así todo el tiempo que le comieron los israelitas *no hubo*, como dice David, *enfermo alguno en sus tribus* (7), aunque muchos murieron muertes arrebatadas en castigo de sus culpas, y despues todos vinieron á morir por lo menos de vejez. Pero este divino Sacramento sana las enfermedades del alma, preserva de la

(1) D. Thom. 3 p. q. 73, art. 6; Exod. xvi, 4.—(2) Sap. xvi, 20.

(3) Psalm. lxxi, 6.—(4) Genes. iii, 19.—(5) Sap. xvi, 20.

(6) Joan. vi. 32.—(7) Psalm. civ, 37.

muerte, de muchas culpas, y de la muerte eterna que incurriéramos por ellas. Y á su tiempo tambien librará de la muerte á nuestro cuerpo, segun aquello del Salvador que dice: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene en sí la vida eterna, y yo le resucitaré el dia postrero* (1). Ó Salvador poderosísimo, Médico y medicina nuestra, ¡cuán admirable ha sido tu providencia, destruyendo la muerte que incurrimos por una comida, con la vida que nos das por medio de ésta! No permitas, Señor, que la coman los hombres con tan poca reverencia, que mueran ó enfermen (2), convirtiendo en veneno por su culpa lo que tú instituiste para su remedio con tu misericordia.

3. Lo tercero, como el maná tenia un solo sabor natural, mas para los justos tenia todo sabor, sabiendo á cada uno á lo que queria (3), así este divino manjar, aunque tiene un solo sabor natural de las especies de pan y vino, mas para los justos tiene todos los sabores espirituales que cada uno puede desear, conforme á su necesidad, porque encierra dentro de sí á la fuente de todo sabor y dulzura; y para descubrirla á sus hijos, sirve, *uniuscujusque voluntati*, á la voluntad del que le recibe. Al que le recibe con ansias de obediencia ó paciencia, da el sabor de estas virtudes, endulzándoselas, para que guste de ellas; y á los que dignamente comulgan, da el sabor y dulzura del espíritu que encierra en sí con eminenencia los sabores de las cosas que dan gusto á la carne. Ó Providencia dulcísima, ó Fuente de toda dulzura, ¿de dónde á mí tanto bien, que sirvas á mi voluntad? ¡Oh quién se ocupase siempre en servir á la tuya, cumpliéndola en la tierra con el gusto que la cumplen los Ángeles del cielo!

4. Lo cuarto, cada uno cogía la medida señalada del maná, grande ó pequeña (4), y esta le bastaba para su sustento, quedando tan harto quien cogía poco, como quien cogía mucho; así cualquier medida que uno coma de este Sacramento, basta para su entero sustento espiritual, porque todo Cristo está en la hostia grande y en la pequeña, y en cada partecica de ella. Y tanto recibe quien toma grande hostia, como quien toma la mitad de ella; y tanto recibe uno como mil, y mil como uno, porque todos reciben un mismo Cristo, suficientísimo para hartar á todos. Y por la misma razon tanto recibe con la hostia sola, como con la hostia y cáliz, porque todo Cristo, con su carne y sangre, está en las especies de pan y

(1) Joan. vi, 33. — (2) I Cor. xi, 30. — (3) Sap. xvi, 20.

(4) Exod. xvi, 18; en la p. III, med. XVII.

vino. Ó Pan de vida, por extremo pequeño y por extremo grande; ¿qué cosa mas pequeña que una migajica de este Pan? y ¿qué cosa mas grande que Dios y hombre dentro de él? Ó Pan soberano, hazme pequeño y grande; pequeño en mis ojos y grande en los tuyos, y pues tú solo bastas para millones de almas, harta los deseos de la mía, para que de hoy mas totalmente sea tuya por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina Providencia ha ordenado que nosotros cooperemos con ella, para buscar y gustar este divino Pan, al modo que mandó á los israelitas que madrugasen á coger el maná antes de salir el sol, porque en saliendo lo derretia, en castigo de los perezosos; para que entendiesen todos, como dice el Sabio, que convenia prevenir la luz del sol, para recibir la bendicion de Dios, y bendecirle por ella (1). En lo cual se nos avisa, que madruguemos con gran fervor y diligencia para tres cosas.—La primera, para meditar las grandezas de este divino Sacramento, y coger el maná dulcísimo de la devocion, que se saca de la consideracion de ellas, antes que el sol de las ocupaciones y tentaciones que suceden entre dia nos derramen y sequen el espíritu.

2. La segunda, para alabar y glorificar á Dios, con ánimo muy agradecido por este beneficio, asistiendo al sacrificio que para este fin se celebra, y teniendo de él perpetua memoria. Porque si nuestro Señor deseó tanto hubiese memoria del maná, con que sustentó solos cuarenta años al pueblo hebreo, que para esto mandó guardar un vaso lleno de él en el arca del Testamento (2), ¿cuánto mas querrá que tengamos perpetua memoria, con grande agradecimiento de este divino manjar con que ha sustentado al pueblo cristiano mas de mil y quinientos años, y le sustentará hasta la fin del mundo?

3. Lo tercero, en especial hemos de madruguar el dia de la comunión, para disponernos á ella diligentísimamente, tomando esta ocupacion por la primera y principal de aquel dia, acordándonos de lo que dice la Escritura, que cada dia se cogia el maná, y el viernes doblada medida (3), porque el sábado no se hallaba, y padecia mucha hambre quien se habia descuidado en cogerle; así tambien, si en los seis dias de esta vida no cojo el fruto de este Sacramento, en el sábado de la otra vida no le hallaré, y padeceré perpetua hambre, ni será para mí sábado de descanso, sino dia de tormento. Por tanto, alma mía, cuanto mas te acercas al fin de la vida, tanto

(1) Sap. xvi, 28. — (2) Exod. xvi, 32. — (3) Exod. xvi, 22.

mas aparéjate para coger doblada medida, con la cual alcances harura sempiterna.

— Para la buena ejecucion de las tres cosas dichas, ayudarán mucho las meditaciones que se siguen.—

MEDITACION XL.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SUMA Y MEMORIAL DE LAS GRANDEZAS Y OBRAS MARAVILLOSAS DE DIOS, EN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO.—1. Esta meditacion se fundará en aquel verso del salmo cx: *El Señor misericordioso, y hacedor de misericordias, hizo un memorial de sus maravillas, dándose en manjar á los que le temen.* Estas maravillas reducirémos á siete ú ocho cabezas, para que puedan meditarse en los siete dias de la semana.—Lo primero, se ha de considerar como este santo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad, que en él están encerradas. Porque lo primero, aquí está la persona del Verbo divino, unida con su sacratísima humanidad, *en quien*, como dice san Pablo, *mora la plenitud de la divinidad corporalmente* (1). Y por consiguiente está en su compañía la santísima Trinidad, porque no es posible apartarse una Persona de otra, por ser todas un mismo Dios; y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, tambien las hace el Padre y el Espíritu Santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y sangre que se nos dan en manjar.

2. De aquí es, que tambien en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios, pues, como dijo el mismo Apóstol: En Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y tambien los de su bondad y caridad, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres; la bondad, en comunicarse á sí mismo de esta manera á sus fieles; la caridad, en unirse y entrañarse con sus amigos, y no negarse á sus enemigos; la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos y bebida de los sedientos, y venir personalmente á visitar y curar los enfermos; la liberalidad, en darnos de pura gracia cuanto tiene, y la omnipotencia, en hacer tantos milagros para la

(1) Colos. ii, 9.